

Concienciación política y feminismo en *La casa de los espíritus* de Isabel Allende

A pesar del componente mágico y de irrealidad tan acusado en esta novela, la autora no soslaya los temas políticos y sociales que entrecruzan sus páginas.

Los dos mundos en conflicto: el de trabajadores, obreros y sirvientes y el de amos, clase patronal y dirigentes se encuentran imbricados y en continuo roce, si no choque, por sus propias características.

También el movimiento sufragista y feminista, que en aquellos años de principios del siglo XX estaba en su apogeo en todo el orbe occidental, tiene su reflejo en las protagonistas de esta historia, empezando por Nívea, que será considerada la primera feminista chilena, con sus encadenamientos, su lucha constante por conseguir la igualdad entre hombres y mujeres y la incompreensión de la mayoría de los dirigentes, por supuesto masculinos, de la sociedad chilena.

El comentario general, tras el accidente de Nívea en el que muere decapitada, es que si había perdido la cabeza en vida, no era tan disparatado que la hubiera perdido después de muerta. Constatación de que sus reivindicaciones eran vistas bien con desprecio, bien con una conmiseración poco menos que aplicable a los orates.

Clara, la hija menor de Nívea, a pesar de su desinterés por las cosas materiales en general, también se implica en la batalla feminista en ciertos momentos de la saga. Sobre todo, durante sus estancias en la finca de su marido, cuando aprovecha las reuniones piadosas convocadas por Férula, su cuñada, para hacer proselitismo de su causa entre las mujeres campesinas, unas mujeres que prestan tan poco oído a las arengas feministas como a los rosarios de Férula.

El conflicto social vertebraba las relaciones de Esteban con los trabajadores de su fundo de Las Tres Marías y refleja bien a las claras una situación de contraste extremo entre ambos. El paternalismo despótico de Esteban con sus trabajadores le lleva a ser odiado por ellos, a pesar de reconocer, por boca de Pedro Segundo García, su capataz, que con la llegada del patrón habían mejorado considerablemente sus condiciones de vida. El régimen casi feudal que establece Esteban en su finca, con derecho de pernada incluido, disponiendo casi de la vida de los campesinos que osan enfrentársele, es un componente arcaico, pero real; y en aquellos días de plena efervescencia de las ideas marxistas, un caldo de cultivo ideal para la lucha de clases.

Esteban presume de ser justo y puede que en su fuero interno se lo crea, siendo como es un patrón intransigente, malhumorado y tiránico que, como un monarca absolutista, no admite réplicas en sus decisiones y está dispuesto a castigar con la máxima severidad cualquier desvío de sus mandatos. Sólo Clara, con su irrealidad, su desinterés en el mundo material y sus suaves palabras y carantoñas, es capaz de aplacar a la bestia que alienta en su marido.

El desprecio que siente Esteban por cualquier idea que suene a marxismo o comunismo es representativa de una oligarquía instalada en los resortes del poder y la riqueza, y que tiene su exponente más emblemático en la forma de amañar las elecciones, trasportando él mismo a sus trabajadores a las urnas y obligándolos, a votar según su criterio.

Por las páginas de la novela desfilan algunos de los poderes fácticos de la sociedad chilena: la Iglesia apocalíptica, representada por el padre Restrepo; el ateísmo masón de Severo del Valle con sus inclinaciones políticas, que se verán truncadas de raíz con el envenenamiento de su hija Rosa por una pócima destinada a él; los patronos omnímodos con sus riquezas y su intransigencia.

Es muy significativa la queja de Trueba, que cuando Nívea sale a las calles con una escoba y un birrete reclamando los mismos derechos para las mujeres que para los hombres dice: *“Esa señora está mal de la cabeza. Eso sería ir contra la Naturaleza [...]. Al paso que van, cualquier día van a querer ser diputados, jueces, ¡hasta Presidente de la República!”*, y tan premonitoria, ahora que sabemos que acaba de acceder la primera mujer a dicha presidencia.

Las desigualdades sociales se hacen también patentes en el trato que se da a la servidumbre en las mansiones de los potentados. Nana, el ama de casi todos los hermanos Del Valle, apenas tiene derecho a un catre prestado en el último rincón de la casona; Férula llega a proponer su internamiento en una institución de caridad, donde recogen criadas viejas. Como a trastos, son apartados los sirvientes cuando pierden su utilidad.

Las ideas socialistas llegan a Las Tres Marías de la mano de Pedro Tercero García, el único que no teme al patrón, el cual lo expulsa del fundo, lanzándolo a los caminos con su guitarra y sus canciones subversivas, y que volverá a la finca en sus esporádicos escauceos amorosos con Blanca.

Cuando se aprecian con absoluta nitidez las desigualdades sociales es en los momentos de catástrofes o revueltas. Las enfermedades se ceban en los más desfavorecidos y las calles se llenan de unos obreros que empiezan pidiendo trabajo y acaban mendigando.

La concienciación política se acentúa en la familia Trueba con la aparición de la segunda y tercera generaciones. Jaime se hará amigo de Pedro Tercero García, a quien intentó matar Esteban. Sus tendencias de izquierdas chocan constantemente con las de su padre, el cual es nombrado senador por el Partido Conservador. Y la nieta, Alba, entrara en contacto con las mismas ideas en la Universidad, a través de Miguel. Una Universidad en la que predominan las corrientes socialistas, hasta el punto de que Alba usa el apellido de su padre putativo para que no la relacionen con su abuelo el senador.

Esteban se obsesiona de tal forma, creyéndose el adalid de la causa antimarxista, que hasta sus propios compañeros de partido lo toman por loco.

La autora nos muestra con claridad, en el pasaje de la boda de Blanca, el abismo que existe entre la oligarquía y sus fastos y esos cesantes calentándose con fuegos de papel de periódico en plena calle.

Los últimos capítulos de la saga se desvinculan mucho más del componente mágico para convertirse casi en una crónica de los sucesos chilenos, desde la campaña electoral y la victoria de Allende hasta su derrocamiento.

La autora nos narra todo el horror del Golpe de Estado y la represión a través de la familia Trueba. Hechos y personajes históricos, como Allende y Neruda, aparecen ahora en el relato, mezclándose con los meramente literarios, como Esteban y su secuestro por los trabajadores de su expropiada finca. Y nada chirría en el roce de ambos mundos gracias a la destreza de la narradora.

Es pues un friso literario de una familia a lo largo de los primeros setenta y cinco años del siglo XX y de una sociedad que vive sus momentos más convulsos, donde estallan conflictos políticos y sociales que conmocionaron al mundo.